

fonso Ortí, alcanzando un grado de esclarecimiento desconocido e insólito aún entre la historiografía última:

La cuestión histórica e ideológica clave, entonces y ahora —dice el profesor Ortí—, para la cultura política de los españoles: es decir, la de "una explicación global de por qué, ya que se ha tomado como modelo de referencia el desarrollo constitucional de Occidente —escribió José María Jover en 1973—, el desarrollo constitucional de España presenta tan radicales anomalías con respecto al modelo adoptado". O como ya se lo planteó la crítica regeneracionista en 1901: "Es decir, que no es verdad que la soberanía reside en la nación; que no es verdad que el régimen político de ésta sea el parlamentario, según llamamos al gobierno del país por el país... —propone Costa como objeto de reflexión nacional—... que tenemos todas las apariencias y ninguna de las realidades de un pueblo constituido según ley y orden jurídico". O la individual y condenatoria exclamación forgiada —¡país!— en que todos caemos, tarde o temprano, aunque haya llovido bastante desde que Manuel Azaña la cuestionara: "Desde entonces (desde el 98) corre por válida la especie de que el ser español es una excusa de impotencia". Mucho antes del 98, Larra, que no quiso excusarse en "Este país", acabó dándose un pistoletazo.

Gracias a la investigación de Alfonso Ortí, el enfrentamiento de estas y otras cuestiones por el 98 sociológico tiene su expresión más significativa en la edición crítica de "Oligarquía y caciquismo" (1), obra reeditada ahora (tomada de las ediciones de primeros de siglo) recogiendo la Memoria de Joaquín Costa que dio origen a un debate "nacional" convocado por el Ateneo de Madrid en 1901; los textos de los informantes, expresivos de un amplio abanico de personalidades y entidades de las clases medias ilustradas (Posada, Unamuno, Ramón y Cajal, Maura, Azcárate, la Pardo Bazán, profesionales liberales, representantes de Cámaras de Comercio e Industria, etc.); el resumen de esta información por el propio Costa y un amplísimo prólogo-estudio de Ortí que rebasa el marco de la información y de la época.

En realidad, la edición que nos ocupa ofrece bastante más, con ser mucho, que la clarificación de la obra de Costa, el regeneracionismo o la frustrada rebelión —verbal— de la airada pe-

(1) Ediciones de la "Revista del Trabajo", 2 vol.



Joaquín Costa.

queña burguesía frente al Gran Padre Burgués, simbolizado en el Estado liberal e intencionalmente proyectada en su evolución hasta hoy por el prologuista. De todas maneras, es a partir de los textos de las clases medias informantes el que la atención se centre fundamentalmente en la evolución de las mismas hasta nuestros días, observadas desde una triple lectura para una aproximación a la comprensión proyectista de su comportamiento político. Triple lectura desde una determinada concepción histórica, rigurosamente omnipresente e implacable, que rebasando la cerrada dimensión de la castiza conciencia nacional, sitúa los problemas en el marco más amplio de la dinámica europea en el último siglo, enriqueciendo así y dinamizando las valoraciones de las cuestiones debatidas. El enfoque dialéctico del historiador sitúa tales cuestiones en un mundo referencial que incluye, por ejemplo, la formación de los estados liberales, los cambios mentales y filosóficos generales, el populismo ruso, el tratamiento individualizado de algunas personalidades clave para el estudio de las estructuras psíquicas de clase, tales como Max Weber y Freud, etcétera. Intento de interpretación totalizadora que desde una amplia y dinámica conciencia histórica aúna a un tiempo la dimensión metodológica del historiador, el instrumental de las ca-

tegorías y la técnica del sociólogo y una original interpretación psicoanalítica aplicada a la Historia. ■ FRANCISCO ALMAZAN.

CANCION

Canciones para nunca de ninguna guerra

El pueblo siempre inventa; el que inventa siempre es, desde luego, el pueblo, y los intelectuales —profesionales de la invención— no hacen más que reflejar imperfectamente este juego. En los años cuarenta, después de una guerra que había costado, entre otras cosas, más de un millón de muertos efectivos —esto es, en los campos de batalla— y muchísimos más muertos de hambre y de desesperación, el pueblo español tuvo que inventarse un tipo de canción que le distrajera de su continua pesadilla. De ahí "La vaca lechera", cuando la leche nos la daban en polvo y además de estraperlo. Son canciones para nunca y de ninguna guerra, son himnos para el olvido o la reelaboración de una realidad existente, pero profundamente desagradable.

Olvidemos por un momento la tremenda contrastación que hace Basilio M. Patino entre una realidad patética y una canción igualmente patética, pero con visos de humor o de pasión. Centrémonos solamente en la labor musical del disco "Canciones para después de una guerra", editado hace pocas semanas por CBS. Se recuperan unos años, años que han sido de mi infancia. Se recupera el bolero y el bayón —únicas importaciones de la música extranjera del momento— y se nos ofrece la maravillosa versión adulterada del flamenco que en aquellos momentos se hacía: Imperio Argentina y Concha Piquer, que tienen un gran valor en sí como canzonetistas, pero que realmente son el exponente máximo —por lo menos en lo recogido en este disco— de lo que se puede hacer con un tipo de folklore cuando, desde las alturas, se lo quiere destruir.

Se recoge también —con un enorme gracejo irónico— momentos del triunfalista cine de la Cifesa: las voces que interpretaron "Agustina de Aragón" o

"Locura de amor" nos son rendidas en toda su espectacularidad grotesca.

Este disco, treinta y tantos años después de los sucesos que dieron lugar a las canciones que en él se recogen, puede parecer a algunos gracioso y divertido; no es tal. O si lo es, pero no únicamente: refleja dos cosas: el esfuerzo de un pueblo casi asesinado —a un pueblo nunca se le asesina, pero se le puede llevar a la agonía— para olvidar su nulificación, y el otro esfuerzo de un Gobierno fascista para hacer de la realidad un inmenso decorado de cartón piedra. ■ E. H. I.

Las "Cançons de Festa" de María del Mar Bonet

María del Mar Bonet ha comenzado, con brío y éxito, su nunca olvidado trabajo sobre la música popular mallorquina, como demuestra su último disco de larga duración aparecido en el mercado discográfico (1). Para ello ha contado con la ayuda de buenos amigos suyos y de la gente que le ha enseñado, a través de los años, lo más puro de los cantares populares mallorquines.

Cançons de Festa (canciones festivas) es seguramente lo mejor de María del Mar Bonet hasta el momento. Y además de ser lo mejor puede llegar a ser lo más importante. Su disco es, por su contenido, por su forma y por su intencionalidad, puro mallorquinismo testimonial y militante. El amor a su tierra y a la cultura popular de su pueblo ayudan a connotar estas canciones festivas mallorquinas interpretadas por ella, pero que son fruto de continuos años de vivencia popular; de un pueblo como el mallorquín que ha padecido yugos opresores forasteros durante siglos y que, al mismo tiempo (esos yugos) le han conferido una personalidad particular irrepetible: una personalidad marcada fundamentalmente por lo arábigo-musulmánico en cuanto a lo esclavista, popular y campesino, y por lo catalán en tanto a lo noble, burgués y urbano. Aunque, con el paso de los años, el factor idiomático catalán se superpuso a muchos elementos culturales musulmanes, hasta que, ya en tiempos recientes, lo "español" ha sumergido

(1) María del Mar Bonet: Cançons de Festa. Barcelona, ARIOLA, 1976, serie Pàuta (en la que están incluidos, entre otros, Manuel Gerena, Aute, Aguaviva, Julia y Rosa León y Canarias).